

ESCENARIOS

I. Cataluña

La plaza del Diamante

Xavier Padullés

La plaza del Diamante de Mercè Rodoreda. Adaptación teatral de Josep Maria Benet i Jornet. Dirección: Toni Casares. Intérpretes: Sílvia Bel, Anna Sahun, Marc Martínez, David Bagés, Ernest Villegas, Imma Colomer, Mercè Arànega, Carles Martínez, Joan Farreras / Martí Malla, Queralt Farreras / Georgina Avellaneda, Paula Blanco, Marc Homs, Mònica Aybar, Míriam Alemany, Quimet Pla, Carles Cruces, Manel Bartomeus, Miquel Bordoy, Mar Monton, Alejandro Navarro, Conxita Sesé, Oriol González, Leandre Lopes, Vicente Llorente, Miquel Àngel Maestro, Blai Navarro, Marc Oró. Escenografía: Jordi Roig. Vestuario: Mercè Paloma. Iluminación: Albert Faura. Música original: Òscar Roig. Sonido: Pepe Bel. Vídeo: Miquel Àngel Raió. Movimiento: Montse Sànchez. Caracterización: Toni Santos. Teatre Nacional de Catalunya, del 13 de noviembre de 2007 al 20 de enero de 2008.

La plaza del Diamante es una de las grandes obras de la literatura catalana de todos los tiempos. Es la novela que mejor resume la historia de Cataluña del siglo XX porque abarca varios periodos: de finales de los años veinte hasta la posguerra. El nudo gordiano del siglo pasado (con la II República o la Guerra Civil) está relatado en esta magna obra. Todos en gran medida quedamos reflejados, ya que nuestro presente es producto de las cenizas de este pasado, poéticamente escrito por Mercè Rodoreda, si bien de una forma agobiante, a fin de cuentas Natalia-Colometa (su protagonista) vive unos tiem-

pos de pobreza, especialmente para la clase trabajadora, a la que ella pertenece.

Intentar hacer una adaptación dramática de una novela de tales características es una tarea difícil, a veces imposible, a causa del estilo del libro, escrito en pasado o en monólogos interiores. Si Joan Ollé tomó la forma del monólogo interior para realizar una buena adaptación teatral en 2004, Josep Maria Benet i Jornet ha preferido dar una visión más extrovertida de esta historia más bien introvertida. Su adaptador teatral nos cuenta en el programa de mano que ha querido reflejar la «mirada» de la protagonista.

Expresión que este cronista no acaba de comprender porque, de miradas, hay de muy diversa naturaleza y eso no lo especifica.

Este montaje teatral hay que analizarlo de dos puntos de vista distintos: como espectáculo y como dramaturgia. Y muy especialmente desde el segundo elemento mencionado, porque es donde están mayoritariamente los errores que, a nuestro parecer, ha sufrido esta adaptación estrenada en el Teatre Nacional de Catalunya el 13 de noviembre de 2007, bajo la dirección de Toni Casares.

Empezaremos por la dramaturgia, de Benet i Jornet. El autor ha dividido el montaje en las tres edades de la protagonista, que coinciden con tres épocas clave de la historia de Cataluña: República, Guerra Civil y Posguerra. Hasta aquí, Benet i Jornet ha mantenido la lógica estructural del libro y en gran medida ha sabido mantener los momentos más importantes y clave de la novela. Sin embargo, a partir de aquí hay derivas respecto al texto original, en la forma de construir a los personajes (especialmente a Colometa) y las situaciones que los envuelven, que hace perder la verosimilitud de lo relatado para caer en una desazón melodramática, hasta sainetesca, en la cual la dirección tampoco ha ayudado.

Son estos desvíos los que producen que esta adaptación quede excesivamente alejada de la original, por no haber sabido captar el espíritu de la novela. Sólo se ha quedado en su superficie epidérmica, con las anécdotas más contundentes, haciendo un retrato más fotográfico que psicológico de la obra. Retrato fotográfico que hoy día tiene poco sentido de hacerse por haber otros medios, como el cine, más fidedignos para conseguirlo. Los errores que este cronista considera que ha sufrido esta adaptación, se podrían deconstruir, a lo mínimo, desde el punto de vista psicológico, sociológico y de género.

La novela está escrita desde el punto de vista de Natalia-Colometa. La traducción del mundo que la envuelve con todos sus sucesos terribles, será realizada mediante su mirada. Su punto de vista de oprimida, a veces por puro masoquismo enfermizo, manifiesta un modo de hacer y de ser propio de nuestro país. Por lo tanto, todo elemento histórico quedará condicionado a su mirada siempre triste y pesimista. Nos atenemos al libro de Joaquim Poch (*Dona i psicoanàlisi a l'obra de Mercè Rodoreda*, edición PPU, 1987), este autor llegó a la conclusión de que Natalia sufre trastornos de identidad, por eso subordina sus necesidades a las de las personas que supuestamente la apoyan, y eso la conduce a la pérdida de su identidad, hasta tal punto que en la primera parte del libro la protagonista pierde su nombre en favor de Colometa, nombre impuesto por su marido aficionado a la cría de palomas. Esta falta de autoconfianza por parte de la protagonista, produce que sus relaciones interpersonales sean inestables, provocando actos autoperjudiciales como el suicidio (que intenta realizar durante la Guerra Civil). Es, por lo tanto, una persona con trastorno depresivo. Rodoreda, sin embargo, tiene la capacidad de trascender esta problemática hasta unas alturas míticas, simbólicas, donde lo que queda reflejado no es sólo la castración psicológica de una persona, sino también de un tiempo y de un país, ya en un plano histórico. De este modo, la represión psicológica se convierte en opresión sociológica y por extensión del género, ítem constante en la obra de la autora.

En *La plaza del Diamante* vemos la dificultad de construir una propia identidad por el hecho de ser mujer. Natalia, y de ahí también su cuadro depresivo, es una persona que tiene que actuar casi como un autómeta, primero viviendo sometida al rigor de los padres y finalmente a la de los maridos o los

hijos, quedando anulada por Quimet, su primer esposo, personaje que la someterá a un proceso progresivo de sumisión, a través de un sutil maltrato psicológico. La vida de esta mujer, será pues rutinaria. La monotonía de la vida diaria, el dolor y la repulsión ante el sexo, la dominación del macho, todo será aceptado sin dramatismos, con total resignación, aunque en el decurso del libro irá tomando consciencia de esta realidad, de aquí que finalmente recupere el nombre de Natalia. Colometa es la encarnación de la situación de opresión de la mujer; muy pocas supieron tomar el camino del feminismo, como la miliciana Julieta, amiga suya y fusilada por los franquistas.

Mujer, opresión y represión, son algunas de las claves dentro una estética de la recepción con tal de querer captar el espíritu de este texto. El problema de la adaptación de Benet i Jornet es que no sobrepasa la superficie de la obra, no llega hasta las raíces. Desde el punto de vista psicológico, la construcción de los personajes es delgada, no tiene profundidad: Quimet es presentado como un poco bobo cuando en la realidad es más manipulador de lo que parece y a la Colometa de Benet i Jornet le falta corporeidad. Como no tiene densidad dramática, en casi ningún momento sentimos la sensación de angustia, depresión y repulsión que siente ella por su marido, los hijos y el mundo que la rodea. En la novela, es una pobre mujer, cansada de vivir, sin ilusiones ni esperanzas, que se deja llevar pero que es consciente o intuye que algo grave le pasa (a diferencia de las heroínas de las teleseries). Por lo tanto, la dialéctica entre Quim i Natalia está mal resuelta porque resulta anecdótica, de la misma forma que los personajes, que recuerdan más a la vacuidad de los protagonistas de nuestras teleseries que a los personajes de

la alta literatura a la cual pertenece la obra. Sociológicamente, Benet i Jornet cae en el costumbrismo en la primera parte y en el sainete en la tercera, sólo en la segunda parte Rodoreda se impone por encima de Benet i Jornet, probablemente por la dureza de las fuertes escenas provocadas por la Guerra Civil.

Por todas estas razones, quien suscribe esta crítica no está de acuerdo con la adaptación realizada por Benet i Jornet: psicológicamente ha construido unos personajes y unas relaciones más próximas a las teleseries que al libro original; sociológicamente, ha obviado todas las relaciones de lucha de clase que aparecen en el libro: la repulsa que sentía Colometa cuando hacía de sirvienta de limpieza en casa de unos miserables burgueses de la parte rica de Barcelona. Sobre el tema del género, ha quedado poco reflejada la presión ambiental de Natalia. Es como si Benet i Jornet, en vez de aproximarse al mundo de Mercè Rodoreda, hubiera hecho el camino inverso, llevar a Colometa a sus crónicas teatrales al estilo de «cuando la radio hablaba de Franco». Estéticamente ha pecado de un excesivo costumbrismo en detrimento de un realismo simbolista, al que Benet i Jornet no ha querido jugar, cuando en cambio es clave en la novela; por ejemplo en la palabra Colometa, símbolo de alienación de la persona en cuestión.

La dirección tampoco ha ayudado a suavizar los defectos textuales. Pensamos que Toni Casares, como director de la Sala Beckett, domina mejor las distancias cortas que el plano general, como sucede en este caso, una gran producción teatral con veintiséis actores y músicos en escena, todo un lujo. Los diversos perós que podríamos poner en su trabajo se encuentran en ciertos errores en el casting y especialmente en la dirección

de los actores, por ejemplo había momentos en que actores jóvenes hacían de viejos en escenas nada creíbles, poco dignas para un Teatre Nacional. Los movimientos de masas son pobres y los intérpretes quedan por debajo de sus posibilidades: resolutivas Mercè Arànega e Imma Colomer además de David Bagés; sólo correcta Sílvia Bel en el papel de Colometa, por debajo de su trabajo en *El ventall de Lady Windermere*, y deficiente Marc Martínez, que en ningún momento matiza su personaje de Quimet. Si la dramaturgia queda muy por debajo de las posibilidades que ofrecía la novela, interpretativamente, Sílvia Bel y Marc Martínez no nos permiten olvidar a la otra pareja Colometa-Quimet, Sílvia Munt y Lluís Homar, en el filme homónimo de Francesc Betriu. Sin embargo, a nivel de dirección podemos destacar algunas emotivas escenas como el fusilamiento de Julieta y escenas de la segunda parte, demasiado poco para un espectáculo de más de tres horas.

Todas estas deficiencias de dirección, interpretación y dramaturgia parecía como si las hubieran querido tapar con unos decorados ostentosos, móviles y siempre espectaculares. Buen trabajo del escenógrafo, Jordi Roig. Del resto de elementos de la nómina teatral destacamos la iluminación de Albert Faura, un acierto la proyección en vídeo de palomas o de sombras de baile (a cargo de Miquel Àngel Raió), y en menor medida, de Mercè Paloma en el vestuario: en los periodos de mayor miseria colectiva, como durante la guerra, los atuendos no reflejaban la pobreza de la época; si queremos hacer realismo fotográfico tenemos que ser consecuentes hasta el final. Éste es un montaje que entra más por los ojos que por el oído, sobre todo teniendo en cuenta la espectacularidad de la escenografía *deus ex machina* que, con

el intento de tapar errores estructurales de dramaturgia y dirección, acababa mareando con tal movimiento de decorados, pero eso no es responsabilidad del escenógrafo. Es una lástima que Toni Casares no hubiera querido arriesgar desde el punto de vista de puesta en escena, tal como lo hizo Calixto Bieito con *Un dia* de Mercè Rodoreda, en el año 1993, todos hubiéramos ganado.

Dentro de la teoría de la comunicación, teatralmente en este país se está creando un confucionismo general donde se acaban rebajando grandes obras de nuestro patrimonio al nivel de las teleseries. Quien conozca la obra de Rodoreda saldrá defraudado al ver esta versión y quien no la conozca, aburrido o con la idea equivocada de lo que es la novela, flaco favor para los adolescentes venidos de escuelas que llenan noche tras noche el teatro. Quedan por encima otras adaptaciones como la cinematográfica o el montaje de teatro de Joan Ollé sobre la misma obra. Este montaje, a diferencia de la novela, no muestra la problemática y las contradicciones morales, políticas y sociales de un periodo determinado de nuestra historia.



■ *La plaza del Diamante*, de Mercè Rodoreda. Dirección: Toni Casares. Teatro Nacional de Cataluña, del 4 de noviembre de 2007 al 20 de enero de 2008. (David Ruano)